

## **Era su destino - Cuento**

Isabel Allende.

*Isabel Allende o el duende en la literatura*

*Aún la crítica latinoamericana no logra reaccionar ante el fenómeno resultante de la aparición de La Casa de los Espíritus. Nunca hubo antes en nuestro continente una escritora más leída y divulgada que Isabel Allende. Esta mujer alegre y seria, reflexiva, solidaria, de inmensos ojos deslumbrados y tristes, bate los records de la obra más leída en Francia, Alemania, España, países nórdicos, Japón. Le llegan cartas de camareras, dueñas de casa, choferes de taxi, expresándole reconocimiento y gratitud. Fogueados traductores le dicen que sienten haber terminado la última página: la novela no debía haber terminado aún. Este éxito colosal se ha producido en menos de dos años, plasmado en un exilio doloroso y trabajado, asumiendo otro espacio del territorio latinoamericano, sin dejar de escribir la crónica humorística, Periodista por sobre todo, autora teatral, directora de una de las más importantes (dentro de las tan escasas) revistas infantiles: "Mampato": Isabel dejó su Chile natal porque no podía soportar el terror, la venganza y el cultivo del miedo en un país que, como hidalgo venido a menos, sólo se enorgullecía de sus precarios blazones democráticos.*

*Nueva Sociedad presenta esta vez "Era su destino": un relato inédito que reúne las más relevantes cualidades del estilo de Isabel Allende: ese duende que toma al lector, lo sumerge de cabeza en el asunto, lo hechiza y no lo suelta hasta que ha llegado a la última frase, embrujado más allá del punto final. Ese duende ha sido fecundado en una convicción profunda, expresada escuetamente por la autora en el primer Encuentro de Escritores de la Lengua Española (Sevilla, octubre 1983): "Al abandonar la patria en forma violenta, por lo general se*

*sufre una paralización que puede ser bastante prolongada..... Es difícil hacer buena literatura desde el centro del huracán de las propias emociones. Se requiere haber madurado y asumido la rabia, la frustración y el dolor. Sólo entonces es posible una elaboración estética que incorpore la ficción a la realidad" Para llegar a cumplir lo que, a su juicio, es el compromiso del escritor latinoamericano: "intérpretes de la realidad" y "voz de los que callan": "al oscurantismo vamos a oponer la palabra, la razón y la esperanza".*

### *Virginia Vidal*

Nicolás Vidal siempre supo que perdería la cabeza por una mujer. Lo pronosticaron el día de su nacimiento y lo confirmó la turca del almacén la única ocasión en que él le permitió que le viera la fortuna en la borra del café. Pero no imaginó que sería a causa de Casilda, la esposa del Juez Hidalgo. La vislumbró por vez primera el día de su boda y no la encontró atractiva, porque prefería a las hembras desfachatadas y morenas. Esa joven transparente en su traje de recién casada, con los ojos llenos de asombro y unos dedos finos inútiles para dar placer a un hombre, le resultó casi fea. Conociendo su destino se cuidaba de las mujeres y a lo largo de su vida huyó de todo contacto sentimental, secando su corazón para el amor y limitándose a encuentros rápidos para satisfacer los apremios de su virilidad. Casilda le pareció insignificante y lejana, de modo que no tomó precauciones y llegado el momento olvidó la predicción que siempre estuvo presente en sus decisiones. Desde el techo del banco donde estaba agazapado con dos de sus hombres, observó a la señorita de la capital. Iba acompañada por una docena de sus familiares, tan lívidos y delicados como ella que asistieron a la ceremonia abanicándose con aire de franca consternación y luego partieron para nunca más regresar. Como todos los demás en el pueblo, Vidal pensó que la novia no resistiría el clima y que dentro de poco las comadres tendrían que vestirla para su propio funeral. Y en el caso de que soportara el calor y el polvo que entraban por los poros y se fijaban en el alma, sin duda sucumbiría ante el mal humor y las manías de solterón de su marido. El Juez Hidalgo la doblaba en edad y llevaba tantos años durmiendo solo, que no sabía por donde comenzar a complacer a una mujer. En toda la provincia temían su temperamento severo y su terquedad para cumplir la ley aún a costa de la justicia. En el ejercicio de sus funciones ignoraba las razones del buen sentimiento, castigando con igual fiereza el robo de una gallina que el homicidio calificado. Vestía de negro riguroso y a pesar de la polvareda invencible de ese pueblo sin ilusiones, llevaba siempre los botines lustrados con

cera de abeja. Un hombre así no estaba hecho para marido, sin embargo no se cumplieron los funestos presagios de la boda, por el contrario, la señora Casilda sobrevivió a tres partos seguidos y parecía feliz. Los domingos acudía con su esposo a la misa de las doce, imperturbable bajo su mantilla española, intocada por las inclemencias de ese verano perenne, pálida y suave como el primer día en que llegó, un ejemplo de finura y discreción. Nadie le oyó algo más que un saludo tenue ni le vieron gestos más osados que una inclinación de cabeza, parecía inconsistente y volátil, casi invisible, a punto de esfumarse en un descuido. Daba la impresión de no existir, por eso se sorprendieron al ver algunos cambios en el Juez.

Si bien continuó siendo el mismo en apariencia, enlutado, rígido, descortés, sus decisiones en la Corte dieron un brusco giro. Ante el estupor público dejó en libertad al muchacho que robó a la turca del almacén, con el argumento de que durante tres años la patrona le había pagado menos de lo justo, así es que el dinero sustraído era una forma de compensación. También se negó a castigar a una esposa adúltera, alegando que el marido no tenía autoridad moral para exigirle honradez si él mismo mantenía una querida. Las lenguas sueltas del pueblo murmuraban que el Juez se daba vuelta como un guante cuando pasaba el umbral de su casa, se quitaba los ropajes oscuros, jugaba con sus hijos, sonreía y sentaba a Casilda sobre sus rodillas, pero esos rumores no fueron confirmados. De todos modos atribuyeron a su mujer aquellos actos de benevolencia y su prestigio mejoró, pero nada de eso interesaba a Nicolás Vidal, porque se encontraba fuera de la ley y tenía la certeza de que no habría piedad para él cuando pudieran llevarlo engrillado delante del Juez. No prestaba oídos a los chismes sobre doña Casilda y las pocas veces en que la vio de lejos, confirmó su primera apreciación de que era un fantasma deslucido.

Vidal había nacido treinta años antes en una habitación sin ventanas del único prostíbulo del pueblo, hijo de Juana La Triste y padre desconocido. No tenía lugar en este mundo. Su madre lo sabía, por eso intentó arrancárselo del vientre con ramas de perejil, cabos de vela, lavados de ceniza y otros recursos brutales, pero la criatura se empeñó en sobrevivir. Años después Juana La Triste, al ver a ese hijo tan diferente, comprendió que los infalibles sistemas para abortar no consiguieron eliminarlo, pero en cambio templaron su alma hasta darle la dureza del hierro. Apenas nació, la comadrona lo levantó para observarlo a la luz de un quinqué y entonces notó que tenía cuatro tetillas.

- Pobrecito, perderá la cabeza por una mujer - pronosticó guiada por su experiencia en esos asuntos.

Esas palabras pesaron como una deformidad sobre el muchacho. Tal vez su existencia hubiera sido menos mísera con el amor de una mujer. Para compensarlo por los numerosos intentos de matarlo antes de nacer, su madre escogió para él un nombre lleno de belleza y un apellido digno elegido al azar. Pero ese nombre de gran señor, Nicolás Vidal, no bastó para conjurar los signos fatales de su destino. Antes de los diez años el niño tenía la cara marcada a cuchillo por las peleas callejeras, de modo que a la gente decente pareció normal que acabara convertido en un bandido. A los veinte era jefe de una banda de hombres desesperados. El hábito de la violencia desarrolló la fuerza de sus músculos. La soledad, a la cual estaba condenado por el temor a perderse por una mujer, determinó la expresión de sus ojos. Cualquier habitante del pueblo podía jurar al verlo que era hijo de Juana La Triste, porque tal como ella tenía las pupilas aguadas por lágrimas que, sin embargo, nunca vertió. Cada vez que se cometía una fechoría en la región, los guardias salían a cazarlo con perros para callar la protesta de los ciudadanos, pero después de una vuelta por los cerros regresaban con las manos vacías. En verdad no deseaban encontrarlo, porque no podían luchar con él. La banda consolidó en tal forma su mal nombre, que las aldeas y las haciendas pagaban un tributo por mantenerla alejada. Con esas donaciones los hombres podían estar tranquilos, pero Nicolás Vidal los tenía siempre a caballo en medio de una ventolera de muerte y estropicio, para que no perdieran el gusto por la guerra. Nadie se atrevía a enfrentarlos. En un par de ocasiones el Juez Hidalgo pidió al gobierno que enviara al ejército para reforzar a la policía, pero después de algunas excursiones inútiles volvían los soldados a sus cuarteles y la banda a sus andanzas. Sólo una vez estuvo Vidal a punto de caer en las trampas de la justicia, pero lo salvó su incapacidad para conmoverse.

Cansado de ver las leyes atropelladas, el Juez Hidalgo decidió pasar por alto sus escrúpulos y preparar una trampa para el forajido. Se daba cuenta de que en defensa de la justicia iba a cometer un acto injusto, pero de los dos males eligió el menor. El único cebo que se le ocurrió fue Juana La Triste, porque Vidal no tenía otros parientes. Sacó a la mujer del prostíbulo, donde fregaba pisos y limpiaba letrinas a falta de clientes dispuestos a pagar por sus carnes extenuadas, la metió dentro de una jaula que mandó a fabricar a su medida y la colocó al centro de la Plaza de Armas sin más consuelo que un jarro con agua. - Cuando se le termine el agua empezará a gritar. Entonces aparecerá su hijo y yo estaré esperándolo con los soldados - dijo el Juez.

El rumor de ese castigo desusado desde la época de los esclavos cimarrones, llegó a oídos de Nicolás Vidal poco antes de que su madre bebiera el último sorbo del jarro. Sus hombres lo vieron recibir la noticia en silencio, sin alterar su impassible

máscara de solitario ni el ritmo con que afilaba su navaja contra una cincha de cuero. Hacía muchos años que no tenía contacto con Juana La Triste y tampoco guardaba recuerdos placenteros de su niñez, pero ésa era una cuestión de honor. Ningún hombre aguanta semejante ofensa, pensaron los bandidos mientras alistaban sus armas y sus monturas, dispuestos a acudir a la emboscada y dejar la vida en ella si fuera necesario. Pero el jefe no dio muestras de prisa. A medida que transcurrían las horas, aumentaba la tensión en el grupo. Se miraban unos a otros sudando, sin atreverse a hacer comentarios, esperaban impacientes, las manos tocaban las cachas de los revólveres, acariciaban los crines de los caballos, enrollaban los lazos. Llegó la noche y el único que durmió en el campamento fue Nicolás Vidal. Al amanecer las opiniones estaban divididas entre los hombres, unos creían que era mucho más desalmado de lo que jamás imaginaron y otros opinaban que su jefe planeaba una acción espectacular para rescatar a su madre. Lo único que a ninguno pasó por la mente fue que le faltara coraje, porque había dado muestras de tenerlo en exceso. Al mediodía no soportaron más la incertidumbre y fueron a preguntarle qué pensaba hacer.

- No caeré en esa trampa como un imbécil - dijo.

- ¿Y tu madre?

- Veremos quién tiene más cojones, el Juez o yo - replicó imperturbable Nicolás Vidal.

Al tercer día Juana La Triste ya no clamaba pidiendo agua. Yacía ovillada en el suelo de su jaula con los ojos perdidos y los labios hinchados, gimiendo suavemente en sus momentos de lucidez y soñando con el infierno el resto del tiempo. Cuatro guardias armados vigilaban a la prisionera para impedir que los vecinos le dieran de beber. Sus lamentos ocupaban todo el pueblo, entraban por los postigos cerrados, los introducía el viento a través de las puertas, se quedaban prendidos en los rincones, los recogían los perros para repetirlos aullando, contagiaban a los recién nacidos y molían los nervios de quien los escuchaba. El Juez no pudo evitar el desfile de gente por la plaza compadeciendo a la anciana, ni logró detener la huelga solidaria de las prostitutas, que coincidió con la quincena de los mineros. El sábado las calles estaban tomadas por los rudos trabajadores ansiosos de gastar sus ahorros, pero el pueblo no ofrecía ninguna diversión aparte de la jaula y el llanto general llevado de boca en boca, desde el río hasta la carretera de la costa. El cura encabezó a un grupo de señoras católicas que fueron donde el Juez Hidalgo a recordarle la piedad cristiana y a suplicarle que eximiera a esa pobre vieja inocente de aquella muerte atroz, pero el magistrado pasó el pestillo a su despacho y se negó a oírlos. Entonces decidieron acudir a doña Casilda.

La esposa del Juez los recibió en el sombrío salón de su casa y atendió sus razones callada, con los ojos bajos, como era su costumbre. Hacía tres días que su marido se encontraba ausente, encerrado en su oficina aguardando que Nicolás Vidal pisara su trampa. Sin asomarse a la ventana, ella sabía todo lo que ocurría en la calle, porque también a las vastas habitaciones de su residencia entró el ruido de esa larga agonía. Doña Casilda esperó que las visitas se retiraran, vistió a sus hijos con su ropa de domingo, les ató una cinta negra en el brazo en señal de duelo y salió con ellos rumbo a la plaza. Llevaba una cesta con provisiones y una botella con agua fresca para Juana La Triste. Los guardias la vieron aparecer por la esquina y al punto adivinaron sus intenciones, pero tenían órdenes precisas, así es que cruzaron sus rifles delante de ella y cuando quiso avanzar, observada por una pequeña muchedumbre, la tomaron por los brazos. Entonces los niños comenzaron a gritar.

El Juez Hidalgo estaba en su despacho frente a la plaza. Era el único habitante del barrio que no se había taponeado las orejas con cera, porque permanecía atento a la emboscada, acechando el sonido de los caballos que señalara el momento de actuar. Durante tres días con sus noches aguantó el llanto de Juana La Triste y los insultos de los vecinos amotinados frente al edificio, pero cuando distinguió las voces de sus hijos comprendió que había alcanzado el límite de su resistencia. Vencido, salió de la Corte con una barba del miércoles, los ojos enrojecidos por la vigilia y el peso de mil años a la espalda. Atravesó la calle, entró a la plaza y se aproximó a su mujer. Se miraron con tristeza. Era la primera vez en siete años que ella lo enfrentaba y escogió hacerlo delante de todo el pueblo. El Juez Hidalgo tomó la cesta y la botella de manos de doña Casilda y él mismo abrió la jaula para socorrer a su prisionera.

- Se los dije, tiene menos cojones que yo - rió Nicolás Vidal al enterarse de lo sucedido.

Pero su carcajada se tomó amarga al día siguiente, cuando le dieron la noticia de que Juana La Triste se había ahorcado en la lámpara del prostíbulo donde gastó la vida, porque no pudo resistir la vergüenza de que su único hijo la abandonara en una jaula al centro de la Plaza de Armas.

- Al Juez le llegó su hora - dijo Vidal.

Su plan consistía en atrapar al magistrado por sorpresa, darle una muerte atroz y colocarlo dentro de la maldita jaula que todos pudieran verlo. La turca del almacén le mandó el aviso de que la familia Hidalgo partió esa noche a un balneario de la costa para pasar el mal gusto de la derrota.

El indicio de que los perseguían para tomar venganza alcanzó al Juez a mitad de

ruta, en una posada donde se detuvo a descansar. El lugar donde se encontraba no ofrecía suficiente protección hasta que acudiera el destacamento de la guardia, pero llevaba algunas horas de ventaja y su vehículo era más rápido que los caballos. Calculó que podría llegar a otro pueblo y conseguir ayuda. Ordenó a su mujer subir al coche con los niños, apretó a fondo el pedal y se lanzó por la carretera. Debió llegar con un amplio margen de seguridad, pero estaba escrito que Nicolás Vidal se encontrara ese día con la mujer que habría de torcer su destino.

Extenuado por las noches en vela, la hostilidad de los vecinos, el bochorno sufrido y la tensión de esa carrera para salvar a su familia, el corazón del Juez Hidalgo pegó un brinco y se partió como una granada. El coche sin control salió del camino, dio algunos tumbos y se detuvo por fin a la vera. Doña Casilda tardó unos minutos en darse cuenta de lo ocurrido. A menudo se había puesto en el caso de quedar viuda, pues su marido era casi un anciano, pero no imaginó que la dejaría a merced de sus enemigos. No se detuvo a pensar en ello, porque comprendió que debía actuar de inmediato para poner a salvo a los niños. Recorrió con la vista el sitio donde se encontraba y estuvo a punto de echarse a llorar de desconsuelo. En aquella vasta extensión calcinada por un sol despiadado, no se vislumbraban rastros de vida humana, sólo los cerros agrestes y un cielo infinito blanqueado por la luz. Pero con una segunda mirada distinguió en una ladera la sombra de un pasaje o una gruta y hacia allá echó a correr llevando a dos criaturas en brazos y la tercera prendida de sus faldas.

Tres veces escaló cargando uno por uno a sus hijos hasta la cima. Era una cueva natural, como muchas otras en los montes de esa región. Revisó el interior para cerciorar de que no fuera la guarida de un animal, acomodó a los niños al fondo y los besó sin una lágrima.

- Dentro de algunas horas vendrá la guardia a buscarlos. Hasta entonces no salgan por ningún motivo, aunque me oigan gritar ¿han entendido? - les ordenó.

Los pequeños se encogieron aterrados y con una última mirada de adiós la madre descendió del cerro. Llegó hasta el coche, bajó los párpados de su marido, se arregló el moño que se le había desbaratado y se sentó a esperar. No sabía de cuántos hombres se componía la banda de Vidal, pero rezó para que fueran muchos, así les tomaría un buen rato saciarse de ella. Reunió sus fuerzas preguntándose cuánto tardaría en morir si se esmeraba en hacerlo poco a poco. Deseó ser opulenta y fornida para darles trabajo y ganar tiempo para sus hijos.

No tuvo que aguardar un largo rato. Pronto divisó polvo en el horizonte, escuchó un galope y apretó los dientes. Desconcertada, vio que se trataba de un solo jinete, que se detuvo a pocos metros con el arma en la mano. Tenía la cara marcada a

cuchillo y así reconoció a Nicolás Vidal, que había decidido ir en persecución del Juez sin sus hombres, porque ese era un asunto privado entre los dos. Entonces ella comprendió que tendría que hacer algo mucho más difícil que morir lentamente.

Bastó una mirada al marido para ver que el Juez se encontraba a salvo de cualquier castigo, durmiendo su muerte en paz. Pero allí estaba su mujer flotando en la reverberación de la luz. Saltó del caballo y se le acercó. Ella no se movió, no bajó los ojos y él pudo apreciar sorprendido que por vez primera alguien lo enfrentaba sin temor. Se midieron en silencio durante algunos segundos que parecieron eternos, calibrando cada uno las fuerzas del otro, estimando su propia resistencia y comprendiendo que estaban ante un adversario formidable. El bajó el revólver y ella sonrió.

Casilda se ganó cada instante de las horas siguientes. Empleó todos los recursos de seducción conocidos desde los albores de la humanidad y otros que improvisó inspirada por la necesidad, para brindar a aquel hombre la mayor dicha. No sólo trabajó sobre su cuerpo como un fino artesano, pulsando cada fibra en busca del placer, sino que puso al servicio de su causa el refinamiento de su espíritu. Ambos sabían que se jugaban la vida y eso daba a su encuentro una nueva y terrible dimensión. Nicolás Vidal había huido del amor desde su nacimiento, no conocía la intimidad, la ternura, la risa secreta, la fiesta de los sentidos, la alegría del gozo compartido. Cada minuto transcurrido acercaba el destacamento de guardias y con ellos la horca, pero los entregó con gusto a cambio de esos dones prodigiosos. Casilda era una mujer pasiva, pudorosa, tímida, casada con un viejo austero ante quien nunca se atrevió a mostrarse desnuda. Durante esa inolvidable tarde ella no perdió de vista que su objetivo era ganar tiempo, pero en algún momento se abandonó, maravillada de sus propias posibilidades y sintió por ese hombre algo parecido a la gratitud. Por eso cuando oyó el ruido lejano de la tropa le rogó que huyera y se ocultara en los cerros. Pero Nicolás Vidal prefirió envolverla en sus brazos y besarla por última vez, cumpliendo así la profecía que marcó su destino.